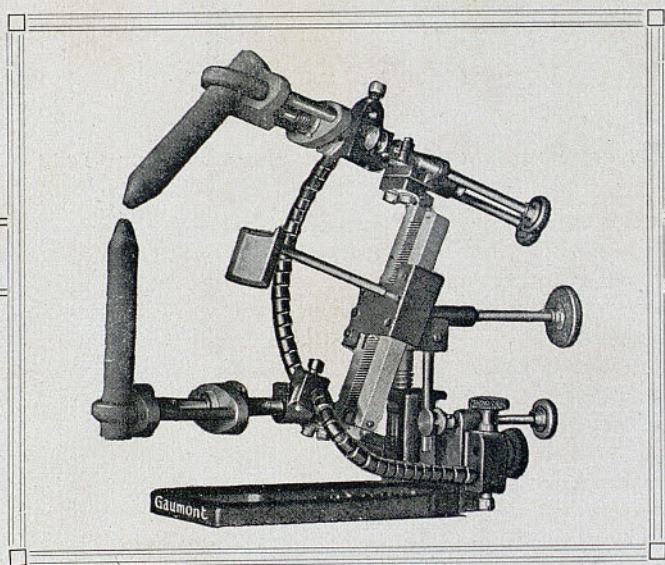


Para trabajar a 100 ampéres
con corriente alterna
pida el nuevo arco



Gaumont



El secreto del forzado

Drama

PRIMERA PARTE

En la Penitenciaría de Nueva Caledonia

Después de diez años pasados en aquel infierno, la noticia de su licenciamiento produjo a Mareuil una alegría sin límites. No obstante en su rostro enigmático ningún gesto delató su estado de alma. Con la impasibilidad y humilde actitud que desde su ingreso en el presidio no le abandonara procedió a los preparativos de marcha. Diéronle el traje que quitara diez años atrás para vestir la infamante chaquetilla parda, se lo puso sin apresuramientos y siguió al carcelero hasta el despacho del Director de la Penitenciaría.

Este, con una deferencia y atención inusitadas en tal lugar y casos semejantes, entrególe la licencia, le devolvió el dinero que al ingresar en el Penal llevaba en los bolsillos, y en razón de la irreprochable conducta que había observado durante el tiempo de su condena, le autorizó por escrito a regresar a Francia por el vapor trasatlántico, surto en el puerto y próximo a partir, evitándole con ello el tener que volver a su patria a bordo del barco penitenciario.

Hecho esto el Director, deseoso de penetrar el misterio que encerraba la historia de su vida, instóle cariñosamente a que le revelara su verdadera identidad. El nombre de Mareuil, en efecto, no era el suyo y lo había dado ante los Jueces de Marsella que fallaron su causa, para impedir que la mancha de su falta recayera sobre un nombre honorable. Los Jueces respetaron este pudor, más como en sus declaraciones el acusado no alegó justificantes que pudieran atenuar su acto, ciñéronse estrictamente al acto mismo y le condenaron a diez años de presidio.

Ocurrió el suceso en una casa de juego. Mareuil hirió allí de un ba-

L. Gaumont

lazo, a un sujeto de poco recomendables antecedentes, el cual, teniendo no poco que callar contribuyó con su silencio a hacer aún más misteriosa la causa.

El Director del Penal, enterado de todo lo que concernía al preso,



cuyo licenciamiento acababa de firmar, trató una vez más, pues ya en otras ocasiones lo había intentado, de desentrañar aquel misterio y de conocer su verdadero nombre que se le antojaba había de pertenecer a encumbrada familia francesa.

Nada pudo conseguir, y Mareuil, después de estrechar, conmovido, la mano que el Director le tendiera se alejó para siempre de aquel lugar maldito, cerrando así aquel terrible paréntesis de su vida.

SEGUNDA PARTE

En Francia

Al poner el pie en el suelo patrio, recobró Mareuil su verdadera personalidad. El forzado había cedido el sitio a un hombre nuevo, Alberto de Marcieux, nieto del ilustre general del mismo nombre.

L. Gaumont

Henchido el pecho de punzantes recuerdos se dirigió al pueblo que le viera nacer. Ante la casa de sus mayores, vetusta, solitaria, quedóse largo rato en suspenso, sintiendo invadido su ser de un frío de muerte. Una buena mujer, portera quizás de la casa abandonada, púsole al corriente del destino de sus moradores. Su madre había fallecido tres años atrás, con en sus labios el nombre querido de su hijo mayor que había perdido. Acorazado su pecho contra el dolor, Marcieux soportó a pie firme el desgarrador relato. En cuanto a su hermana Lina se había casado hacía dos años, con un magistrado, y vivía en París dichosa y rodeada de estima...

Apuntó las señas de Lina que la buena mujer le diera y se encaminó a la estación, no sin que al pasar por ante el cementerio del pueblo saludara, empañados sus ojos de lágrimas, la tumba en donde dormía el sueño eterno aquella cuya indulgencia y consuelos hubiera hecho menos agobiadora la carga de su pasado.

TERCERA PARTE

El Cuarto Número Trece

Llegado a París, Marcieux buscó alojamiento en un hotel sito a proximidad de la estación de Orleans.

—Si no es usted supersticioso —díjole el gerente—podré darle el único cuarto que tengo ahora disponible... el cuarto Número 13.

Marcieux se encojó, escéptico, de hombros. El gerente inscribió su nombre en el registro y mandó a un mozo que lo guiara hasta el cuarto desocupado.

Su primer cuidado al hallarse en él instalado fué telefonar a su hermana.

—«Una persona quiere tener una entrevista a solas con usted para hablarle de su hermano, que hace diez años desapareció...»—dijo, oprimido el pecho, a su hermana Lina que recibió en persona su comunicación.

La Sra. de Brécy, la hermana del forzado, era esposa feliz y madre venturosa. Momentos antes de recibir la comunicación telefónica despedíase enternecida de su esposo que partía para un corto viaje.

Aquella extraordinaria noticia le causó un asombro rayano en estupor, removiendo en su alma dolorosas fibras. La desaparición misteriosa de su hermano mayor, acaecida cuando era aún muy niña, fué, con el fallecimiento de su madre, las dos grandes congojas de su vida límpida y serena.

Así fué que tras de un instante de vacilación respondió:

—«Venga esta noche a casa, a las doce de la noche. Estaré sola, pues mi marido acaba de salir de viaje»...

L. Gaumont

A las doce menos algunos minutos llamó Marcieùx, con el corazón palpitante, a la puerta de la casa de su hermana. Esta en persona vino a abrirle, y anhelosa, sin sospechar en lo más mínimo que lo tenía delante, preguntó por su hermano.



Sí, sí, lo reconocería, — interrumpió ella violentamente

El permaneció algunos instantes silencioso y respondió al fin, dibujándose en sus labios dolorosa sonrisa:

— ¡Su hermano vive... sí! Pero tantos pesares ha sufrido, tantos pa-

L. Gaumont

decimientos ha soportado que nadie le conocería ya, ni aún su hermana...

—Sí, sí, lo reconocería—interrumpió ella vehemente. Algo dentro de mi alma me decía: ¡Ahí tienes a tu hermano!

—No... No, Lina, pues ante tí estás..

Lina se abalanzó a él, presa de indecible emoción: apoyó sus manos en sus hombros y le miró fijamente. Reconocióle. En el fondo de sus pupilas empañadas por las lágrimas, en los rasgos de su fisonomía que el dolor había modificado, vió la imagen del que, antaño, compartió sus juegos.

Apretado abrazo los reunió. Luego, sintiendo él necesidad de explayar su alma ávida de consuelos, contóle su rudo calvario, desde cuando una falta engendrada por la fatalidad arrancóle a los suyos y le hundió en el fango del presidio.

A aquella misma hora, dos sombras se deslizaban, fantasmales, por uno de los pasillos del Hotel de Austerlitz, en donde todo era quietud y silencio. Eran una mujer y un hombre: éste iba arremangado de brazos y en su diestra brillaba un cuchillo; aquella llevaba, bajo el brazo, disimulado, un gran envoltorio. Llegaron hasta la puerta del cuarto Número 13, cercioráronse de que nadie lo ocupaba y entraron.

Mientras la mujer se quedaba en el umbral, vigilando el pasillo, el hombre se dirigió al tocador, abrió el grifo y hundió sus manos en el agua, que al punto tomó una coloración rojiza.

Después de un lavado hecho sin grandes requilorios, secóse las manos con una tohalla, introdujo el cuchillo entre los dos colchones de la cama y se fué con su compañera, a pasos furtivos, en dirección a la puerta de salida.

En este mismo instante el reloj de la estación de Austerlitz rasgaba el silencio de la noche con un solo y vibrante tañido. Era la una de la madrugada.

Mientras tanto Lina, ante la cuna de su hija, mostraba ésta a su hermano, con una mirada enternecida que decía elocuentemente todo su amor de madre.

Y ante esta cuna hizo él un juramento, contra el cual apenas osó su hermana alzarse:

—«Te juro, Lina, que nadie sabrá nunca mi penoso secreto. Tu hija no tendrá que avergonzarse jamás de su tío...»

Era ya tarde... Acababan de dar las dos en el reloj del vestíbulo, y comprendiendo que de prolongarse más tiempo la visita acabaría por dar lugar ello a equívocos comentarios, despidióse Marcieux de su hermana, y tras de un apretado abrazo, bajó a la calle. Un automóvil libre pasaba en aquel mismo instante.—Al Hotel de Austerlitz—gritó al chauffeur, y después de media hora de carrera a través de las calles silenciosas se encontró ante el Hotel.

L. Gaumont

Apeóse, pagó al chauffeur y se dispuso a entrar en el Hotel, cuya puerta por una particularidad extraña que no dejó de chocarle estaba abierta. De pronto oyó una voz que le llamaba. Volvióse. Era el chauffeur que había hallado en el coche su abrigo y corría a devolvérselo. Lo tomó, dió a aquél las gracias y poniéndoselo terciado en el brazo entró en el Hotel. Las luces estaban apagadas y las puertas abiertas. Marcieux, vagamente angustiado, subió al estrado en donde se elevaba la mesa del gerente, ocupada durante la noche por el vigilante de turno, y abrió el conmutador de la electricidad... Y el espectáculo que se ofreció a su vista, al hacerse la luz, le paralizó de terror.

El vigilante nocturno yacía en el estrado, a los piés de la mesa, bañado en un charco de sangre: ésta debió escaparse con extrema violencia por la horrible herida que casi seccionaba su garganta y salpicaba la pared, la mesa y una caja de caudales que, descerrajada y abierta, mostraba bien evidente el móvil del horrendo crimen.

Marcieux, con las sienes humedecidas de un sudor helado, no supo lo que hacer. Quiso, primero, pedir socorro, mas un resto de razón le recordó su falsa posición, su juramento...

Y prevaleciendo sobre todo el sentimiento de salvaguardar el honor de los suyos, huyó, dejando en su desvarío, junto al cadáver su abrigo.

Entró precipitadamente en la estación de Orleans, tomó un billete para Burdeos y salía poco después, en el rápido de las 3'17, con destino a la capital girondina.

CUARTA PARTE

La Sumaria

El crimen fué descubierto aquella misma mañana. El comisario de policía y el médico legista se trasladaron al lugar del suceso y procedieron a las prácticas usuales. El asesino había dejado tras de sí huellas fehacientes de su paso. El abrigo, olvidado junto a la víctima; en su cuarto—el número 13—un lavabo lleno de agua enrojecida, marcas de dedos en el grifo y en la tohalla, y como si no fuera bastante, escondido entre los dos colchones, el cuchillo que sirvió para perpetrar el crimen.

La sumaria demostro además que éste debió cometerse a eso de la una de la madrugada, a pesar de que en el bolsillo del sobretodo se había hallado un billete del Metropolitano, tomado en la estación de Austerlitz, la noche del crimen, a las doce.

Entre otros objetos y documentos sin valor, encontróse en el cuarto Número 13, una hoja de papel que afirmó más aún, no las sospechas, sino la certidumbre.

L. Gaumont

Era dicha hoja la licencia del presidiario Mareuil, expedida por el director del establecimiento penitenciario de Nueva Caledonia.

A Bremond, astuto policía que en más de una ocasión había dado pruebas de una extraordinaria habilidad encargóse del asunto. Trasladóse sin perder un instante a la estación de Orleans, indagó entre los empleados que se hallaban en la noche del crimen y sobre sus indicaciones tomó el tren para Burdeos,

Al llegar a Burdeos perdió la pista. Recorrió una a una las distintas Compañías de Navegación: desde hacía veinte y cuatro horas no había zarpado trasatlántico alguno. Bremond distribuyó la filiación antropométrica del licenciado de presidio y volvió a París, desalentado.

Sin embargo, Marcieux no estaba lejos. Haciéndose pasar por un turista había conseguido que lo tomaran de pasajero a bordo de uno de esos barcos pesqueros de Arcachón que van hasta las costas marroquíes. Una vez desembarcado en éstas, desaparecería...

El barco había de aparejar dos días después. Mareuil alquiló un cuartucho cerca del muelle y esperó ansioso el momento de embarcar.

Ahora bien un marinero del «Tritón» que era el nombre del pesquero, leía, horas después de ver el extraño pasajero, el anuncio siguiente:

«La Sociedad Anónima de Hoteles del Oeste ofrece 5.000 francos a quien ayude a la policía a capturar al ex-forzado Mareuil, el asesino del Hotel de Austerlitz, cuya filiación sigue...»

Las señas coincidían, y persuadido de que el licenciado de presidio y el pretendido turista eran una misma persona, dirigió a la Prefectura de Policía de París el siguiente telegrama:

«Vengan pronto Arcachón. Creo Mareuil a bordo Tritón que zarpa mañana para Marid. Le vigilaré.—Raymond. Marinero del Tritón».

Bremond, al tener noticia de este telegrama, tomó el rápido, llegó a Burdeos y se trasladó de esta capital a Arcachón, en automóvil. Mas por mucho que hizo forzar la marcha, no pudo llegar a tiempo. El «Tritón» acababa de largar sus amarras, y desaparecía a lo lejos.

El policía no se dió por vencido. Hizo señas a un bote automóvil que evolucionaba, rápido, por el puerto, y enterado su conductor de la calidad de Bremond y del favor que de él se exigía, púsose inmediatamente a su disposición.

El Inspector tomó asiento en el bote, y éste se dirigió, veloz, brincando por encima de las olas, hacia el pesquero.

Marcieux vió y comprendió que era él la presa de aquel obstinado

L. Gaumont

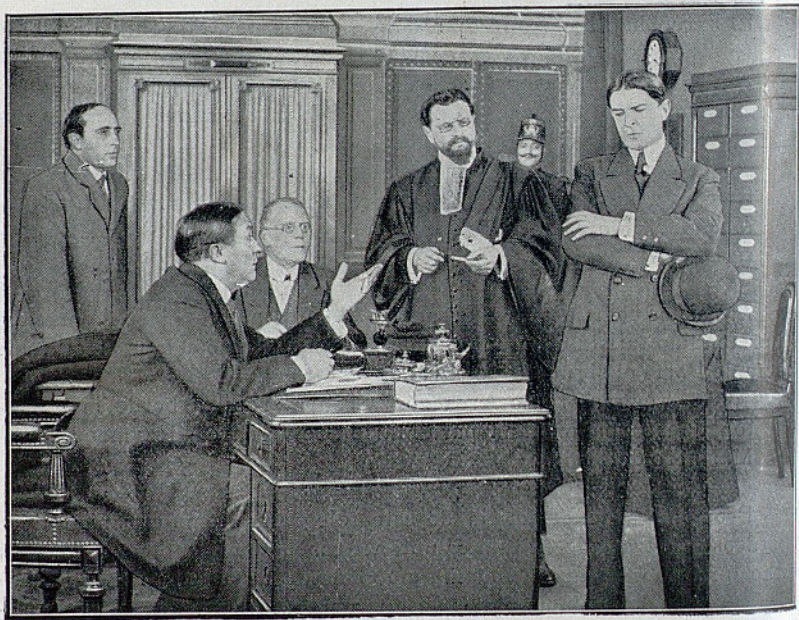
cazador. Silencioso, estoico, no se movió del puente, en donde estaba, y cuando Bremond saltó a cubierta y se dirigió a él amenazante, tendióle dócilmente sus dos manos. El policía, sorprendido ante tanta docilidad espasó al prisionero, y después de excusarse cerca del capitán por la molestia que le originaba, volvió con él a Arcachón en el bote automóvil.

Horas después tomaban el tren con destino a París.

QUINTA PARTE

La Coartada

Durante el viaje Bremond echó mano a toda su habilidad y astucia para arrancar al ex-presidario algunas confidencias. A todas sus preguntas contestaba éste invariablemente:—Soy inocente...



...experimentaron por un instante la íntima sensación de que aquel hombre no mentía.

Fueron estas mismas palabras las que formuló al llegar a París, ante el juez instructor, con tal acento de sinceridad que éste y los que se hallaban con él en el despacho experimentaron por un instante la íntima sensación de que aquel hombre no mentía.

L. Gaumont

Porque, a pesar de las irrefutables pruebas que contra él se poseían, dos cosas había que las desbarataban.

1.º Aquel billete del Metropolitano tomado el 3 de Enero poco antes de las doce de la noche en la estación de Austerlitz.

2.º Las marcas de dedos halladas en el cuarto Número 13, sobre el tocador y la tohalla, marcas que no coincidían con las que dejaron los dedos de Marcieux, al someterle el médico legista a esta operación.

Más en vano el juez, el abogado y hasta el mismo Bremond trataron de que el acusado diera cuenta del empleo de su tiempo a la una de la madrugada... Marcieux, al oír estas palabras, permanecía silencioso y meneaba la cabeza con un gesto de profundo desaliento y de desesperación. Podía probar fácilmente la coartada, pero para ello había de quebrantar su juramento, y antes que hacerlo estaba dispuesto a sufrir todas las pruebas y a padecer todos los tormentos...

Los periódicos se ocuparon, en sendas informaciones, del misterioso suceso.

«El ex-forzado Marcieux se verá pues perdido si no prueba la coartada dando cuenta del empleo de su tiempo entre las doce y dos de la madrugada en la noche del 3 al 4 de Enero.

leyó una mañana la Sra. de Brécy:

«Ruégase a los cocheros o chauffeurs que hayan conducido viajeros al Hotel Austerlitz en la noche del 3 al 4 de Enero se presenten al Sr. Bergeron, abogado de la Audiencia, con lo que coadyuvarán en gran manera a la obra de la justicia...»

leyó casi a la misma hora un cochero de punto, a quien tales líneas llevó a la memoria la imagen de una persona que había conducido al lugar del crimen la misma noche de perpetrarse éste.

Y una y otro se dirigieron casi simultáneamente a la Audiencia, animados de un mismo y generoso ímpulso.

* * *

Lina de Brécy llegó, primero, al despacho del Juez. Este la recibió en el acto con gran afabilidad, y sorprendido leyó estas líneas que aquella le entregó:

Certifico que el acusado Juan Maureuil se llama realmente Alfredo Marcieux, que es mi hermano y que en la noche del 3 de Enero, entre las doce y las dos de la madrugada se hallaba en mi compañía, en mi domicilio del Boulevard Magenta 305.—Lina de Brécy.

L. Gaumont

Grave, respetando el dolor que affigía a la joven, dijo el Juez devolviéndole el certificado:

—Es enojoso señora, que nadie más que usted pueda atestiguar en favor de su hermano.

Acababa de decir estas palabras cuando entró el chauffeur. Declaró haber conducido al Hotel Austerlitz la noche del crimen a una persona



Y en los brazos de ésta cayó al desdichado loco de alegría.

cuyas señas coincidían con las señaladas por el periódico. El Juez hizo retirar a la señora de Brecy a una habitación contigua y mandó que llevaran a su presencia a Marcieux. El chauffeur, al verlo, lo reconoció sin esfuerzo alguno.

—Marcieux —dijo entonces el Juez.—Sabemos por su hermana, la señora de Brecy, el empleo de su tiempo entre las doce y las dos de la mañana. El testimonio de este hombre corrobora la afirmación de su hermana y echa por tierra todas las demás pruebas que pesan sobre usted Marcieux, está usted libre!

Marcieux sintió que la emoción le ahogaba y que las piernas se negaban a sostener su cuerpo. El Juez llamó entonces con enternecedora solicitud a la señora de Brecy, y en los brazos de está cayó el desdichado, loco de alegría.

L. Gaumont

El Juez afirmó la orden de libertad y se la entregó a Marcieux. Bremond se acercó a éste y le estrechó la mano:

—Tengo que tomar mi desquite... tengo que cojer a los asesinos, o pierdo mi nombre...

—Yo le ayudaré!—respondió Marcieux, repuesto ya de su emoción.

SEXTA PARTE

Los verdaderos culpables.

El inspector Bremond y Marcieux hicieron los mejores amigos del mundo, y comenzaron, juntos, nuevas pesquisas.



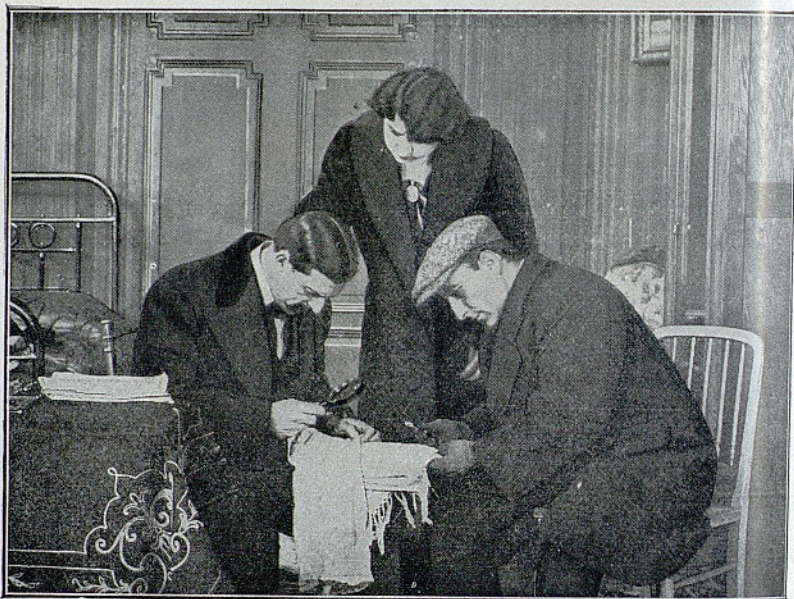
Una vez fué un cuchillo de la misma forma..

Trasladáronse al Hotel y consultaron en el libro registro del Hotel la lista de los viajeros que se hallaban en él la noche del crimen. Sus primeras investigaciones probáronles la inocencia de los viajeros interro-

L. Gaumont

gados. Fuera de algunos extranjeros que se vieron en la imposibilidad de interrogar por hallarse fuera, mas que todas las presunciones ponían al abrigo de la sospecha, había un matrimonio que había salido del Hotel al día siguiente del crimen y que un secreto instinto les señaló como culpables. Llamábanse Vicart y vivía en Bayona, en donde tenía un garage de automóviles.

Al día siguiente hallábanse en Bayona. La joven y linda esposa de Bremond formaba parte de la expedición. Dirigiéronse a casa de los Vi-



cuyas marcas coincidían en absoluto con las que se habían hallado en el cuarto nº 13

cart, que poseían un garage bien surtido, y dándose como turistas, expresaron el deseo de comprar un automóvil.

Marcieux, al ver a la mujer de Vicart recordó de pronto su fisonomía. La había visto en el salón de lectura del Hotel de Austerlitz, al dirigirse guiado por el criado al cuarto que le habían destinado, la noche del crimen.

La entrevista duró largo rato, y durante la misma la mujer de Bremond, aleccionada por su marido y Marcieux, empezó a envolver a Vicart en la trama sutil de sus hechizos.

Aquella noche, en la posada a donde fueron a hospedarse, prepararon Bremond y Marcieux el plan de campaña. Este plan era sencillo y

L. Gaumont

viejo como el mundo. Era el mejor, el que siempre da resultado, ya que pone a dos mujeres frente a frente, y que los celos y el odio entran en juego.

—Se puede esperar todo —ha dicho un policía célebre— de una mujer celosa. Haría justicia a su mismo padre!

Por infernal que fuese el plan delineado, el hecho de ir dirigido contra tales miserables lo abonaba...

La transacción pretendida fue interminable. Las visitas menudeaban y la mujer de Bremond no tardó en despertar en el pecho de Vicart una culpable y violenta pasión. Marcieux entre tanto observaba y sus conjeturas fueron afirmándose cada día más. Una vez fue un cuchillo de la misma forma que el que sirvió para perpetrar el crimen, que entregó a Vicart, distraído, para que cortara un lápiz, y cuya vista produjo en el miserable un movimiento instintivo de retroceso, que simuló no observar... Otra una tohalla en la que el mismo enjugó sus dedos grasientos, y cuyas marcas coincidían en absoluto con las que se habían hallado en el cuarto N.º 13.

Mientras que Marcieux y Bremond iban atando cabos, la mujer de este último envolvía a Vicart en la trampa ligera de sus coqueterías, cautivándolo y aturdiéndolo a los ojos mismos de su esposa, cuya sangre se encendía...



La amistad fue estrechándose. Una mañana, para resolver al fin la cuestión de la compra, convidaron los forasteros al matrimonio Vicart, a almorzar con ellos en las afueras.

Trasladáronse en automóvil a un pintoresco punto del litoral, y en medio de la mayor alegría dióse principio al almuerzo.

La mujer de Bremond forzó la nota, y sin pudor abiertamente, coqueteó con Vicart, a la vista de su misma mujer. La borrasca que Marcieux y Bremond habían preparado pacientemente estalló, como no podía ser menos, violentísima.

La Vicart, fuera de sí, como un tigre, se abalanzó a la mujer de Bremond, la insultó y la echó afuera. Marcieux y Bremond siguieron a la joven, que fingía un gran desconsuelo e indignación y la puerta se cerró bruscamente tras ellos.

Pusiéronse entonces a escuchar. La Vicart, furiosa, apostrafaba a su marido: —Te prohíbo que vuelvas a ver a esa mujer. Lo oyes?— Estás loca— respondió él con gran desfachatez. —La veré y la haré mía... No ves lo «chalada» que está por mí...

Esta desdichada frase fue la chispa que produjo la explosión.

—Tuya...?— rugió la Vicart. —Jamás! Antes te veré en la cárcel... pues diré a todo el mundo que eres un asesino! un asesino!

Vicart palideció y con los ojos desencajados, se precipitó sobre su

L. Gaumont

mujer y le tapó la boca. Pero era ya tarde. La puerta se abrió violentamente y Marcieux y Brémont aparecieron...

El miserable comprendió... Y dando un salto desesperado desapareció por la ventana. Cayó en la carretera, levantóse precipitadamente sin sentir apenas el dolor de la caída y subiendo al automóvil que habían uti-



Y dando un salto desesperado desapareció por la ventana

lizado para la excursión, lanzólo en cuarta en dirección a la frontera española.

Mientras tanto Marcieux y Bremond luchaban a brazo partido con la Vicart, hecha una furia. Lograron sujetarla, y mientras Bremond se quedaba custodiándola, y su mujer trasmitía presurosa, un despacho a la gendarmeria, para que detuvieran al asesino, Marcieux montó en otro automóvil y se puso en su seguimiento.

* * *

Vicart, inclinado sobre el volante veta disminuir la distancia que le separaba de la frontera. Habilísimo conductor, salvó a tan fantástica velocidad los infinitos recodos y vueltas de la carretera, hasta llegar a la

L. Gaumont

de Figuiet que contorna el pavoroso e imponente precipicio del mismo nombre.

Allí, por lo angosto del camino, moderó la marcha. De pronto se escapó un rugido de su garganta. Ante él, interceptando la carretera había dos gendarmes que le apuntaban con sus revólveres...

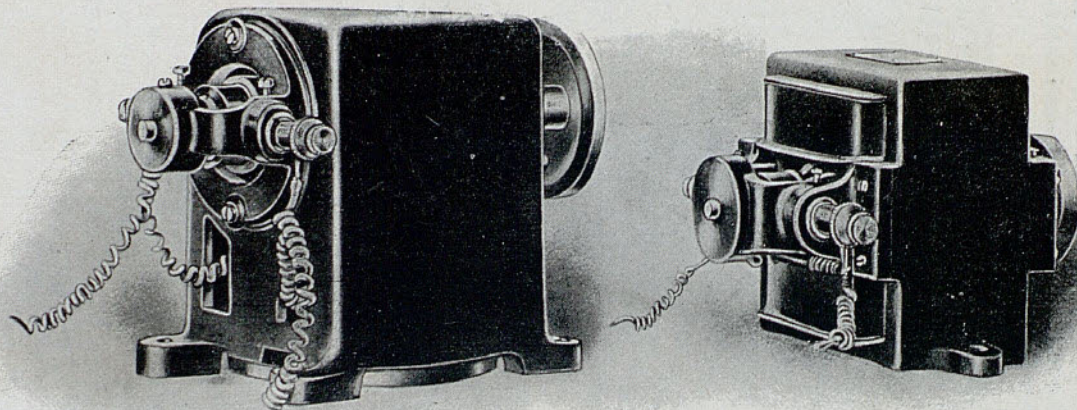
Estaba perdido! Desesperado, en un impulso irreflexivo, loco, dió al volante un brusco movimiento...

Y este movimiento que precipitó a su automóvil, desde una altura de trescientos pies, ahorró a la justicia el trabajo de juzgar y de fallar su causa!



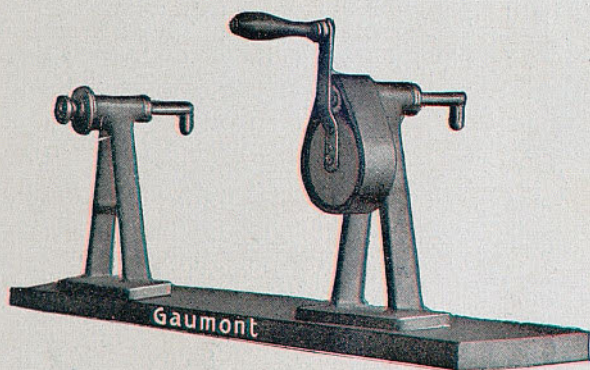
Dinamos Tipo A y Tipo B

para instalaciones cinematográficas



Pídase el material eléctrico de precisión GAUMONT

El bobinador
más práctico
es sin duda alguna



El Bobinador Doble
TIPO
G a u m o n t

...base el material electric de precision GAUMONT



El secreto del forzado

2 Carteles 1'50 x 1'10 m.

Metraje total 1.175

Metros en virajes 982

